

A favor de la historia urbana

Juan Luis Piñón

Resumen

Ante la avalancha de sinrazón que gobierna el mundo, la historia constituye uno de los pocos bastiones de resistencia y juicio; hasta el punto de convertirla en ese oscuro objeto de deseo del que hay que prescindir, precipitando si hace falta la firma de su defunción. Las líneas que siguen pretenden llamar la atención sobre este hecho y sobre las estrategias utilizadas para conseguirlo. Tarea que recae, tanto sobre la interdisciplinariedad como sobre las mil historias enraizadas en el pensamiento postmoderno; visiones de la historia cuyos intereses ocultos y talante aconseja una reformulación de sus límites, objetivo que abordamos desde la perspectiva que nos ofrece el presente histórico, auténtico crisol en el que se destilan todos los vicios y sinsabores de una historia que a fuerza de repetir que ha llegado a su fin acaba por creérselo.

Arquitecto UPB, Doctor Arquitecto UPV, Catedrático de Urbanismo. Profesor de Urbanística en la Universidad Politécnica de Valencia. Fue Director de la Revista Historia Urbana. L'IVEI, Valencia.

Libros de Historia Urbana: *Los orígenes de la Valencia Moderna*, L'IVEI, Valencia (1988). *Alicante V siglos de arquitectura*, COACM, Alicante (1990). *La Valencia Marítima del 2000*, Generalitat Valenciana, Valencia (1997).

Capítulos de libros de Historia Urbana: *Consideraciones sobre el análisis histórico*, Ajuntament de Valencia. *Atlas de ciudades europeas. Península Ibérica*, Salvat, CCCB, Barcelona (1994). *Patrimonio histórico y proyecto urbano. El caso de Port de Sagunt*, Universitat de València (1999). *Cartografía y ciudad. El Plano del Padre Tosco*, Universitat de València (1999). *Conjeturas sobre los orígenes del Pase de Valencia al mar*, COACV, Valencia (2000). *Cartogena de Indias. Presente y futuro*, UPV, Valencia (2003).

Artículos publicados en revistas de Historia Urbana: *La restitución parcelaria como problema*, Revista Storia della Città, Milano, (1987). *Le città e l'urbanistica i Spagna durante l'ottocento*, Revista Storia urbana, Milano (1989). *Fra la rivoluzione dei lumi e i lumi della rivoluzione*, Revista Storia urbana, Milano (1989). *Reflexiones sobre la comparación y la generalización en Historia Urbana*, Revista Historia Urbana, Valencia (1993). *Apreciaciones sobre los márgenes de Historia Urbana*, Revista Ayer, Madrid (1996). *Reflexiones sobre la genealogía de los ensanches: Valencia y Alicante*, Revista Ciudad y Territorio, Madrid (1999). *Historia y Proyecto: el caso de Cartogena de Indias*, Revista Polis, Argentina (1999).

Preliminares

Aunque pueda parecer prolijo, cuando se trata de tomar el pulso a cualquier disciplina para detectar su estado de salud —sobre todo cuando se trata de una disciplina joven— conviene precisar algunas cuestiones relativas a su naturaleza y contorno, para de ese modo evitar excursiones inútiles y esfuerzos redundantes, por un lado; y, propiciar el debate sobre objetivos, fuentes y perfil de su sentido, por el otro.

Desde hace unas décadas, cuando inicia su andadura como disciplina autónoma, la historia urbana ha sido incapaz de despejar las dudas razonables que desdibujaban sus márgenes. Es más, parece ser que desde su puesta de largo sólo hemos tenido una certeza: la falta de acuerdo sobre sus contenidos y métodos. Sin embargo, sí que hemos podido detectar algunas temáticas prioritarias, su idiosincrasia regional, su evolución en el tiempo o los ajustes metodológicos practicados para abordarlas; aunque en todos los casos la única verdad que ha prevalecido sobre todas las demás ha sido la apreciación reiterada, entre otros Fernando de Terán,¹ que destacar la heterogeneidad de los estudios urbanos como algo característico de los mismos.

Pero, el reconocimiento de esa heterogeneidad resulta poco esclarecedor y ayuda bien poco a avanzar en el conocimiento de los problemas que plantea la historia de la ciudad y del territorio; sin embargo, sí que supone una ayuda importante para deslindar teorías y modos de aproximación en sintonía con los aspectos específicos que la configuran: en primer lugar, aquellos que si bien pueden verse influidos por otras disciplinas fronterizas son capaces por sí solos de mostrarnos la cara oculta de la ciudad; en segundo lugar, aquellos otros aspectos que escapan al denominador común de la interdisciplinariedad y que son susceptibles de

agruparse en torno a ciertas leyes sujetas a factores endógenos, autónomas y relativamente independientes del medio que las envuelve,² y, en tercer lugar, aquellos puntos de vista para los que la ciudad no es sólo un lugar o una escena, sino el sujeto de muchas aventuras sociales y económicas.

La heterogeneidad de la historia urbana

En efecto, la Historia Urbana desde su precipitada consolidación como disciplina autónoma se ha caracterizado por una creciente tendencia a la introspección; no ha dejado de reflexionar sobre sí misma —en una búsqueda incansante de determinadas señas de identidad— y de proponer el reconocimiento de unos objetivos propios y específicos. En su afán por abrirse camino y ocupar un puesto entre otros tipos de historia no ha dudado en preguntarse reiteradamente sobre sus límites, fuentes y método, aunque las respuestas siempre han reflejado, en general, más las particularidades de quienes se han preocupado por ella, (lo que no ha sido valladar para que los intentos de clarificación de su especificidad haya arrojado, en algunas ocasiones, más sombras que luces —sobre ese qué hacer cuyo objeto es la ciudad, lo urbano, el territorio...—) que los acontecimientos que inexorablemente iban configurando el nuevo panorama urbanístico de nuestras ciudades, sobre todo a partir del cambio de coordenadas propiciado por la arrolladora presencia del neoliberalismo económico.

El repaso de la reciente bibliografía al uso nos recuerda que todavía queda mucho camino que recorrer y que los obstáculos con los que nos vamos a encontrar son imprevisibles. Como ilustración basta con echar un ojeado, por ejemplo, al número 23 de la revista *Ayer*, publicado hace unos años, para calibrar los derroteros

de las diferentes tradiciones historiográficas en nuestro país. Tradiciones ejemplarmente destacadas en el texto de Terán en el que podemos leer que: *al cabo de los años, y a pesar de muy esforzados encuentros internacionales, el panorama seguía siendo un heterogéneo, disperso e indefinido, conjunto de aportaciones disciplinares diversas, difícilmente comparables y unificables, sin demarcación clara de límites con la historia general...* Tesis convergente con la desarrollada en el artículo de Juan Luis Piñón,³ en la misma revista, centrada en la delimitación de esos imprecisos márgenes detectados en la Historia Urbana.

La naturalidad con que la ciudad se trenza con los procesos económicos y sociales probablemente puede contarse entre las causas inhibitorias que relegaron su estudio a esferas muy particulares de los ámbitos geográfico, económico y social. Sólo cuando el reconocimiento de su peso específico sobrepasa la órbita académica empieza a ser objeto de monografías de las más diversas procedencias, aunque sin tener conciencia de que se estaba hilvanando un tipo de ensayos cuya marginalidad estaba llamada a conquistar el centro. Las reiteradas citas a esa especie de manuales –históricos– de referencia, la profundización de algunos aspectos esbozados sobre la ciudad histórica y la aparición de nuevos problemas, a la sombra de los cambios que sacuden nuestros territorios, serán los acicates que impulsarán esa inquietud por la ciudad y moverán a la reflexión.

Ahora bien, será en ese desplazamiento –en el que la Historia Urbana transita de los márgenes hacia el centro– donde se filtrarán los aspectos más eximios para la ciudad, tanto para su conocimiento como para su transformación. Algunos perderán fuerza mientras que otros se irán consolidando como principales, alimen-

tando polémicas y descubriendo procesos. La heterogeneidad y fragmentación desde esta perspectiva pasarán por distintas fases, desde la explosión inicial –influida probablemente por la inercia de la vida académica, el agotamiento de algunos temas y el interés por otros–, hasta su sanción como una realidad científica y diferenciada como se desprende de las instrucciones homogeneizadoras del *Deutsches Institut für Urbanistik* de Berlín, cuyo amplio espectro da cabida, tanto a la definición, concepto o tipos de ciudades, como a la política, legislación y constitución; tanto a la población y estructura social, demografía, migraciones, actividades, movilidad social, minorías, formas de vida, planteamiento urbano y política de vivienda, arquitectura urbana, precios del suelo, infraestructuras urbanas, como a la economía y transporte, desarrollo económico, o sectores del planeamiento del transporte, sin olvidar las artes y ciencias, facilidades culturales, enseñanza, prensa, política municipal, ciudadanos, iglesia... momento en el que Terán⁴ pone puntos suspensivos. Aunque lo podría haber hecho mucho antes ante la naturaleza del temario. Realmente los temas epigrafiados parecen más una relación apresurada de aspectos –directa o indirectamente– relacionados con la ciudad que la serie de palabras claves que muchos seleccionaríamos para referirnos a una disciplina. No cabe la menor duda de que entre los campos temáticos de la relación anterior hay aspectos importantes para el conocimiento de la ciudad y del territorio, pero de su enunciado apenas se distingue nada.

Por lo demás, el sesgo de algunos epígrafes manifiesta escasa sensibilidad hacia la especificidad de los estudios urbanos. Si no, ¿por qué insistir en el estudio de los precios del suelo cuando sabemos que apenas constituyen una instantánea, por lo demás poco relevante en general, y, sin embargo, obviar el gran tema

de las rentas del suelo cuyo potencial explicativo no tiene parangón, con sus ramificaciones relativas, tanto a las inversiones en capital fijo social, estructura urbana, movilidad urbana, etcétera, como, por ejemplo, a la promoción del alojamiento? Las todavía escasas historias sobre la ciudad y el territorio no dejan de alertarnos sobre los peligros que envuelven a las historias unidimensionales —basadas en temas como las infraestructuras, la economía o la sociología—, y se obvía la ciudad como tal, a pesar de los procesos convergentes que los rodean. Es más, ante la vacuidad del listado que comentamos uno puede verse tentado de resucitar, —si bien no la ideología, sí el método que la informó— la Grille CIAM de Le Corbusier (con el escueto fin de comparar —para mejor conocer— los problemas y vicisitudes que atraviesan la ciudad), y en la que la homogeneización se postulaba desde un esquema elaborado a partir de las determinaciones principales de la ciudad, es decir, de aquellas variables o áreas temáticas, actividades y procesos que indefectible atañen a cualquier idea de ciudad.

En todos los casos lo que hay que evitar es la confusión entre calidad y cantidad, y entre la heterogeneidad-fragmentación y la complejidad del discurso histórico. La aportación acrítica de información, la acumulación de estadísticas y la reducción epistemológica de los estudios históricos urbanos practicados desde algunas disciplinas, lejos de desvelar los misterios de la ciudad los ocultan. Difícilmente desde cualquier versión parcelada de la historia se podrían componer discursos como el esgrimido por Carlos Sambricio⁵ en su artículo sobre los libros de viajeros y la historia urbana, un artículo cuya elocuencia en el tratamiento de las fuentes y forma de articular el texto nos invita a pensar en un tipo de historia urbana diferente, libre de corsés disciplinares, abierta

y convergente a la vez, alejada incluso de la simple narración. Una historia en la que el dato sólo se convierte en fuente tras varias comprobaciones y ajustes, y en la que la unidad discursiva participa más de la calidad de los hechos que de cualquier historia normalizada al uso.

Pero el tema va más allá. La heterogeneidad detectada no sólo surge desde instancias programáticas como la del *Deutsches Institut für Urbanistik*, sino que la divisamos con facilidad en ámbitos tan afines como los que se concentran en torno a disciplinas como la arquitectura. En efecto, de la lectura de los artículos de Ayer 23, se desprende una falta importante de unanimidad sobre los contenidos específicos de la Historia Urbana, cuya pulverización temática y metodológica apenas permite el aislamiento de escuelas históricas diferentes de las esgrimidas individualmente en los diferentes escritos. Confusión que se acusa con mayor nitidez cuanto más se profundiza en los temas sugeridos. Pero, lo sobresaliente del caso es que esa dispersión no sólo se traduce de los contenidos de los ensayos publicados —cuya explicación podría derivarse de los ámbitos académicos en los que se enmarcan—, sino que se perciben con mayor claridad en los mismos artículos: da la impresión de que los mismos términos en manos de diferentes autores poseen significados diversos, cuando no contradictorios. Algo parecido a lo ocurrido con la serie de artículos aparecidas en la revista *Historia Urbana*⁶ cuyo reconocimiento de la diversidad de enfoques y aproximaciones, tradujo, cuanto menos, cierto estado de la cuestión entre todos aquellos preocupados por la misma historia.

En este contexto, la necesidad o la conveniencia de que cada generación rescriba la historia —a la luz de los cambios— adquieren en nuestro caso un doble significado. Por un lado, el de

revisar lo que sobre la ciudad y el territorio se ha escrito; y, por el otro, el de invitar a la profundización de sus propuestas si se pretende esa mayoría de edad que toda disciplina necesita para lanzarse a la aventura del conocimiento o comprometerse con el rigor propio de la Historia global.

Sobre la Interdisciplinariedad

La heterogeneidad anterior, traducida en nuestro país en monografías de ciudades, exploraciones de fuentes cartográficas, estudios de catastros, licencias de obra, estudios morfológicos, censos, etcétera, (se puede excusar la cita de la abundante bibliografía procedente de los campos más dispares como la economía urbana, sociología urbana, demografía, estadística), en forma de tesis doctorales o trabajos de divulgación, financiados generalmente por las corporaciones locales, tienen su correlato más inmediato en el impropio esfuerzo desplegado por Oyón, Monclús y Guardia en su monumental Atlas Histórico de ciudades. Una recuperación de un género importante y necesario, no sólo por el valor en sí de la obra —como obra de referencia y ensayo de divulgación—, sino también por su valor testimonial y apuesta a favor de un determinado tipo de historia. Una síntesis trufada por lo mejor de cada casa, por los especialistas más doctos y más dispares, lo que la convierte en una obra fragmentaria y compleja, en la que el lector puede deambular como el Diablo Cojuelo por la ciudad descubriendo, no sólo sus características morfológicas y particularidades, sino también las distintas formas de examinar los procesos urbanos y de valorar sus elementos determinantes, tal como lo hace Gary W. McDonogh en su recensión publicada en *Historia Urbana*, nº 4.

En efecto, de entre las muchas facetas que se dieron cita en el Atlas cabe destacar: primero, la voluntad de homogeneizar los trabajos de cada ciudad a través de unas instrucciones precisas, traducidas en una periodización concreta y en una valoración convergente del contenido de cada periodo, —tal como se desprendía de los bosquejos iniciales, en los que el carácter sintético de los planteamientos, debido a las limitaciones de espacio de la obra, luchaba abiertamente con su amplitud—; y, segundo, el reto que suponía la coordinación y puesta en común de las diferentes ópticas que debían concurrir en la obra desde el principio.

En este sentido, la selección de especialistas solventes en determinados periodos históricos, no estaba exenta de riesgos, porque si bien, por un lado, significaba una apuesta por el rigor —¿quién mejor que el especialista para destacar sucintamente los rasgos más relevantes de un determinado momento histórico de una ciudad?—; por otro lado, cabía presumir cierta disparidad en el tratamiento de temas en principio convergentes.

El experimento, no obstante, no se detuvo en la opción anterior. La idea de que la historia de las ciudades de la península Ibérica se podía escrutar desde una matriz universal participaba más de ese optimismo teórico que nos ha regalado el positivismo decimonónico, que de una voluntad de destacar las particularidades y de entender el significado de nuestras ciudades. En efecto, el método, en este caso, se fundamentaba en una sospecha, en que todas las ciudades indefectiblemente se podían agrupar según un esquema que positivamente se sabía que funcionaba, al menos en algunas de ellas. Intuición a todas luces legítima pero que corría el riesgo de llegar a asfixiar otras lecturas de la ciudad más abiertas y sugerentes. Las bondades de la periodización escogida en ocasiones

minimizaba los cambios, las rupturas e incluso algunos fenómenos importantes.

Pero, detrás de las intenciones y de las directrices que debían informar las fichas se hallaba el impertérrito problema de las fuentes. La homogeneización de las investigaciones tenía que pasar: primero, por una identidad de fuentes que en contadas ocasiones se podía conseguir; y, segundo, por una valoración convergente de sus potenciales explicativos. Así, comprobamos como, por ejemplo, la desamortización hizo acto de presencia de forma desigual en los distintos textos, convertida en sujeto y origen de las grandes transformaciones urbanas del siglo XIX, o desvanecida por el brillo de otros acontecimientos; algo parecido a lo que sucedió con la reforma interior, cuyo enunciado se hizo corresponder con fenómenos tan dispares como el inspirado en la tradición hausmanniana, según la cual la reforma se centraría en la construcción de una ciudad alternativa hecha a imagen y semejanza de una burguesía más o menos incipiente, o el que ciñe su horizonte a los problemas derivados de la intensificación del tráfico.

Percepción que nos permite hablar: no sólo de una visión fenomenológica de la ciudad basada en el acontecimiento, y en la que la avalancha de información —en forma de datos demográficos, tasas, calles y plazas, planes y proyectos...— discurre muchas veces de forma fragmentaria; sino también de uno de los equívocos más graves que pesan sobre historia urbana: su consideración como "un campo de confluencia de orientaciones diversas", "punto de encuentro de especialidades", etcétera. O lo que es lo mismo, la afirmación de la interdisciplinariedad sobre la especificidad disciplinar y la suma o yuxtaposición de disciplinas sobre su integración.

Ahora bien, lo anterior no pretende minimizar en absoluto la importancia de la sociedad, la economía, la política, la antropología o cualquier otro ámbito en la construcción de la ciudad y el territorio, sino llamar la atención sobre las posibilidades que puede ofrecer una historia urbana pensada a la vez desde la especificidad y la globalidad, que trate de entender lo específico desde lo global y evidencie los límites del conocimiento estanco y fragmentario consubstancial a la interdisciplinariedad. Como recoge Josep Fontana,⁷ pedir a las disciplinas como la sociología, la antropología o la psicología un fundamento para determinar una perspectiva adecuada para la historia es como "basar" nuestra estimación sobre la solidez de los cimientos de un edificio en las propiedades estructurales que presenta su segundo o tercer piso.

Reflexión que no permite avanzar que sólo cuando se piense en lo urbano como algo específico, complejo, múltiple..., sometido a procesos igualmente complejos y múltiples... se estará en condiciones de romper esa atonía y salir del callejón sin salida que hoy día subyuga a la Historia Urbana. Se estará en condiciones de valorar con justicia las determinaciones sociales, económicas, geográficas... de la ciudad, y evitar los argumentos que han reducido, en el mejor de los casos, lo urbano a la acumulación de capital, la ciudad a la reproducción de la fuerza de trabajo, y la forma urbana al medio físico, estrechando los márgenes que permitan discernir unas ciudades de otras, profundizar en sus procesos y descubrir sus misterios en su caso.

La búsqueda incesante de lugares comunes y la necesidad de generalizaciones halla su principal escollo en la heterogeneidad resultante de la fragmentación analítica derivada de los diferentes enfoques disciplinares. Hay momen-

tos en los que la misma terminología parece referir conceptos distintos empezando por el término ciudad o el mismo concepto de *área metropolitana*, términos como los de *metápolis*, *tecnópolis*, *telépolis* o las distintas adjetivaciones de la ciudad como *difusa*, *dispersa*, etcétera, por no citar las *terceras vías*, *terceras olas*, *terceras ciudades*, con las que se pretende cuadrar el círculo de la incompreensión. La enorme dificultad que tenemos para definir la ciudad constituye el mejor aval de lo que decimos. Y todavía más cuando introducimos variables como la arquitectura, cuya relación con la ciudad abre un sinfín de extremos. Una relación ejemplar en nuestro caso que nos permite enfocar otros aspectos relativos a la interdisciplinariedad y que, a grandes rasgos discurre entre los siguientes contenidos:

El primero, que pone el acento en la relación entre la arquitectura y el urbanismo; una relación viciada y sujeta a vaivenes de todo tipo: teóricos, corporativos, históricos..., lo que no obsta para que sus fundamentos cuantitativos y cualitativos, y la vaguedad que esconde lo grande y lo pequeño (la ciudad es una casa grande y la casa una ciudad pequeña –siguiendo a Alberti–) nos permitan identificar la arquitectura y la ciudad como una única y misma cosa. De hecho, a partir de Alberti, hablar de arquitectura es hablar de ciudad y viceversa; es hablar de leyes y de autonomía; es iniciar una andadura repleta de vericuetos y trampas difíciles de soslayar. El segundo, que coadyuba en enriquecimiento del punto anterior al incorporar la dimensión estética y artística. En este contexto la arquitectura, no sólo constituye un caso particular dentro de la ciudad, sino también dentro de sí misma, creando un abismo entre su dimensión estético-formal y económica. Y, el tercero, que desvela la visión reductiva derivada del cuantitativismo al banalizar el objeto arquitectónico y reducirlo, por un lado,

a pura métrica,⁸ y, por el otro, a simple función, por constituir ésta uno de los aspectos originarios de la misma.

No obstante, a ningún historiador de la arquitectura se le ocurriría reivindicar la interdisciplinariedad para indagar con mayor rigor la evolución de algo que sólo le concierne colateralmente, como podría ser cualquier particularidad constructiva –lo que formaría parte de cierta historia de la tecnología–, o la evolución de las profesiones desarrolladas en ciertos equipamientos médicos o educativos, por ejemplo (lo que se incluiría en la historia de la medicina), o incluso los hábitos sociales privativos como las labores domésticas (por formar parte de la vida cotidiana).

Algo parecido sucede cuando nos movemos en la órbita de la historia de la cultura. Su controvertida existencia y carácter abierto no ha impedido su incorporación en revistas cuya vocación parecía ser otra, como fue el caso de la *Revista Historia Urbana* a la que ya nos hemos referido, y que desde el primer número se hizo eco de la progresiva complejidad de los fenómenos urbanos a través de la publicación de un brillante artículo de Anthony Sutcliffe sobre la ciudad y el cine. La historia –de la cultura en este caso– deja de ser patrimonio de nadie y se erige en portavoz de todos aquellos acontecimientos que han ayudado a su configuración y constituyen en cierto modo su historicidad. En este sentido, la publicación de ciertos artículos ha supuesto dar un paso más en la propia concepción de la historia, a la vez que ha añadido más leña al fuego de su indefinición al situarse en los antípodas de la interdisciplinariedad por concentrar y concertar áreas de interés diverso.

No obstante, hay que recalcar que en el hecho de que el objetivo de la difusión de artículos inscritos en la órbita de la cultura como el refe-

rído sobre el cine, no ha sido en ningún momento el de presentar ninguna historia alternativa, sino el de reforzar la verosimilitud de ciertas historias estrechamente vinculadas a la de la ciudad. Como oportunamente señala Josep Fontana⁹: *una cosa es que pensemos que una explicación histórica más rica debe incluir hoy muchos factores que anteriormente no tomábamos en cuenta —o que considerábamos complementariamente— porque no éramos conscientes de su importancia, y otra que interpretemos eso como una invitación a abrir nuevos campos separados que tendrán a convertirse en disciplinas independientes. Lo que no tiene nada que ver con la pretensión de quines se esfuerzan por recuperar para la ciencia histórica el campo de las ideas, los sentimientos y la cultura, e incluso llegan a sostener que lo que conviene es invertir o sustituir la vieja explicación y hacer de las representaciones mentales el motor fundamental de la historia.*

El artículo de Anthony Sutcliffe sobre *La ciudad en el cine*, de hecho, no pretende inaugurar otra historia, sino simplemente enriquecer la formación de la imagen de la ciudad moderna a través de la visión que de la misma han ofrecido los diferentes directores de cine. La historia del cine subyacente en el artículo no pretende en ningún caso suplantar ni invertir la historia de la ciudad, y mucho menos la historia de la sociedad, simplemente trata de mostrarnos los entresijos por los que discurre nuestra conciencia urbana cuando se interpone un nuevo arte como el cine. Nos ayuda, en suma, a reconocer nuestro entorno y a establecer nuevas relaciones con él. Algo parecido a lo que sucede con el artículo de Roger-H. Guerrand, *Ciudad y novela*, quien inicia su artículo con la siguiente pregunta: *Sin la existencia de las ciudades, ¿podría haber nacido la novela? Nos está permitido dudarlo.* Guerrand, historiador social por excelencia, no pretende en este artículo otra

cosa que profundizar en los temas a los que ha consagrado su vida. Vaciados los archivos de París y provincias, elaboradas interminables bibliografías sobre alojamiento obrero, vuelve la mirada hacia aspectos que rozan la heterodoxia, como su ensayo sobre las letrinas de París.

Quizá con demasiada lentitud la Historia Urbana va abriéndose camino entre la espesura de esa otra historia que la condiciona. El camino no es fácil y está lleno de trampas. Las intenciones se entrecruzan sin permitir un escrutinio certero y, aunque los primeros pasos se han dado, hay que continuar distinguiendo las vocaciones, marcos de referencia y actitudes, entre otras cosas para evitar que la rueda de la Historia se pare o se diluya entre falsos profetas.

Genealogía e historia

Pero, de la misma forma que la interdisciplinariedad ha aterrizado en el mundo del conocimiento sin la aparente mediación de otra ideología que la de la propia ciencia, desde hace un par de décadas los acontecimientos han forzado una nueva forma de abordar la realidad histórica eliminando todo precedente racional a través del rechazo, bien de cualquier forma de fundamentación, o bien de la prédica contra la falsa universalidad de las reglas de que se sirve. Si antes, la debilidad de los argumentos que se escondía tras la apuesta por la interdisciplinariedad se resolvía en el mismo orden discursivo, a través de la constatación de los hechos; hoy los destellos del aura filosófica con la que se pretende apuntalar el que podemos denominar ideario de la fragmentación, del relato o del texto, exigen algún que otro comentario.

En efecto, desde la proclamación por Fukuyama del fin de la historia los cambios se han acelerado. Lo que antes era sólo un síntoma, ahora se ha convertido en realidad inapelable. Los debates han bajado a la arena de la política, pero no para humanizarse sino para la salvaguarda de intereses espurios —como vamos a tener la oportunidad de comprobar—. Conviene recordar que la proclamación de la clausura de la historia —como simple defunción—, y la negación de cualquier dimensión liberalizadora sólo indican, como señala Sádaba,¹⁰ que la historia se interpreta según los intereses que mueven dichas interpretaciones; lo que perfila una percepción tan interesada —en legitimar el presente— y oportunista —al hacer coincidir su publicación con la marea de las “revoluciones” anticomunistas—, como confusa —por el distanciamiento acrítico de la realidad—. De hecho, Fukuyama nos presenta como novedad lo que ya sabíamos. Marcuse y Bell ya se pronunciaron al respecto treinta años antes, aunque sin el sucursalismo implícito en la proclamación de la democracia liberal como colofón de la historia. Una cosa era formular una crisis —la del estalinismo— y otra muy distinta perfilar el sentido de su salida. Y así lo entiende Alan Ryan¹¹ cuando afirma que el supuesto de que la democracia liberal constituye “el significado de la historia” es bastante inverosímil, y destaca el hecho de que si en ese marco se incluye al Tercer Mundo, nuestras reservas aumentan y se agudizan. Algo parecido a lo que sentencia Hill¹² cuando escribe que “la muerte del marxismo”, al igual que el “fin de las ideologías” y “el fin de la historia” se desprende de las *wishful thinking* —ilusiones— de ciertos académicos convencidos de que su sociedad debe ser eterna porque les resulta confortable; e insiste en que los habitantes del Tercer Mundo deben estar menos seguros de que la historia ha quedado superada. Argumento que nos retrotrae al

Nietzsche de la segunda *Intempestivo*, a aquél cuya extrapolación viene siendo moneda común en la interpretación de los hechos.

En efecto, Nietzsche viene como anillo al dedo a quienes de algún modo se sentían o se podían sentir acosados por la historia. De la lectura de sus textos se deducen dos cosas: primera, que su crítica a la historia se basa, tanto en la manipulación de que es objeto en manos de la burguesía, como en el método cientifista que le da soporte; y segundo, que sus límites de validez se hallan en la propia concepción de la historia. Ahora bien, si lo primero ha constituido o puede constituir un acicate para el historiador, no sucede lo mismo con lo segundo. Nietzsche es convincente cuando se refiere, en la segunda *Intempestivo*, al mal uso o escasa utilidad de la historia; lo que no es óbice para que la cuestión clave para Nietzsche, según Germán Cano,¹³ fuese la de *desmantelar la instancia valorativa del presente, para así realizar un juicio (histórico) filosófico acerca del valor y del significado del conocimiento histórico “objetivo” para la praxis*. Tesis que si bien podía arremeter contra determinadas instancias del mundo académico de los setenta del siglo XIX, hoy día debe valorarse desde los observatorios de un presente evolucionado y crítico. Sin embargo, esa manipulación de la historia detectada en el pensamiento burgués y sus consecuencias sobre el presente histórico, si bien podía desembocar en una reivindicación liberadora del olvido —única fórmula capaz de permitir la innovación y la posibilidad de una nueva historia— (tesis sin duda intempestiva en la época), no impedía su investigación desde una óptica más abierta y no más filosófica que histórica, tal como recoge el mismo Cano cuando se refiere a ese intento del filósofo de acceder a una visión global, no escindida de la existencia y de la cultura. Perspectiva en la que se instala precisamente el pensamiento crítico de

los historiadores de la misma época, Marx, entre otros.

Ahora bien, en todos los casos, los límites del pensamiento crítico al que trata de abocarnos Nietzsche los hallamos en la propia historia, en la propia práctica del filósofo y del historiador; y sobre todo en la exégesis intempestivas —por decir algo— de las apreciaciones intempestivas del maestro. Si bien Nietzsche luchó contra el pensamiento y las prácticas de su época, su interés se centró en el acierto de la crítica al tiempo que le tocó vivir.¹⁴ Para Nietzsche, la historia —como legitimación del proceso de alejamiento de la intuición y de conformación de los conceptos—, apenas constituye una burda proyección de intereses, algo de lo que hay que desconfiar, amañado, cuya verdad esté en función de unos márgenes previamente consensuados, sin que tenga nada que ver con la realidad de las cosas, solo aprehensibles por la intuición.¹⁵ Perspectiva que le lleva a afirmar que las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado que lo son;... metáforas desgastadas y sin fuerza sensible y que el hombre miente inconscientemente y en virtud de hábitos seculares adquiere el sentimiento de la verdad. Aunque hay que insistir una vez más que ese hombre —racional— dominado por abstracciones no actúa de forma desinteresada, al contrario, consigue lo que jamás podría conseguirse bajo las primitivas impresiones intuitivas: construir un orden piramidal por castas y grados; instituir un mundo nuevo de leyes, privilegios, subordinaciones y delimitaciones, que ahora contraponen al otro mundo de las primitivas impresiones intuitivas como lo más firme, lo más general, lo mejor conocido.

Algo que ya estaba latente en su opúsculo de 1873, *Sobre la verdad y mentira en sentido extramoral*, cuando escribe que el intelecto (...) desarrolla sus fuerzas principales fingiendo, afir-

mación cuyo matiz le iguala en elocuencia cuando se refiere al engaño, la adulación, la mentira y el fraude, la murmuración, la farsa, el vivir del brillo ajeno, el enmascaramiento, el convencionalismo encubridor..., o denuncia la razonabilidad de los conceptos al estar formados por equiparación de casos distintos, omitiendo lo individual y lo real.¹⁶ Tesis que le lleva a perfilar un ideario que no trata tanto de encontrar en un individuo, un sentimiento o una idea, los caracteres genéricos que permiten asimilarla a otros, como de descubrir todas las marcas sutiles —huellas—, singulares, subindividuales que pueden entrecruzarse en él y formar una red difícil de desenmarañar.¹⁷ Un ideario cuyo objetivo no pretende establecer continuidades causales, sino descubrir que en la raíz de lo que conocemos y de lo que somos no hay ni el ser ni la verdad, sino la exterioridad del accidente. O lo que es lo mismo, seguir el hilo complejo de que la procedencia no consiste en mostrar que el pasado está aún ahí bien vivo en el presente, sino conservar lo que ha sucedido en su propia dispersión: localizar los accidentes, las mínimas desviaciones, los errores, las faltas de apreciación, los malos cálculos que han dado nacimiento a lo que existe y es válido para nosotros.

El presente como historia

Ahora bien, para ser ecuanímes debemos destacar el hecho de que detrás de las disquisiciones anteriores se oculta otra serie de intereses, formalmente idénticos a los del burgués decimonónico, y que serán los que el final de la corrida sustentarán los distintos modos de "concebir" la historia.¹⁸ Lo que nos permite pensar que si bien es cierto que —como afirman incluso sus más pertinaces detractores— el reconocimiento histórico es consubstancial con la evolución del mundo, no lo será

menos que la historia debe liberarse de las ataduras que le infringe el presente. Afirmaciones cuyo alcance va más allá de la concepción burguesa de la historia y nos sitúa en un plano crítico, con una concepción del presente más compleja y descontaminada y la doble tarea de, por un lado, reconocerse en el pasado en tanto que antecedente lógico del consecuente presente —como diría Galvano della Volpe—; y, por el otro, de proyectarse a través de su experiencia hacia el futuro, sentando razonablemente sus bases. En cuyo caso el futuro deja de depender del pasado y pasa a hacerlo del presente hecho historia.

Desde esta perspectiva cabe destacar dos planteamientos. El primero, que desvela el carácter explicativo del presente, en la medida que contiene las determinaciones principales del pasado; y, el segundo, que destaca la intención o voluntad de influir en el desenvolvimiento de los hechos, lo que convierte a la historia en algo combativo y heroico, confiriéndole una dimensión eminentemente política.¹⁹ Ahora bien, mientras en el primer caso la historia influye o puede influir en el perfil y en la conciencia de sus protagonistas, en el segundo caso, la historia se erige en protagonista y motor de los cambios, circunstancia que modifica el panorama y da entrada a nuevas actitudes y metodologías, con consecuencias importantes en el desarrollo de los hechos como tendremos ocasión de comprobar.

En primer lugar, observamos el desplazamiento del foco de interés, desde aquellos temas príncipes que ocupaban las páginas de los libros y revistas de historia, hacia otros más "comprometidos" con el presente, a sabiendas de las dificultades que dicha tarea conlleva. Y, en segundo lugar, en previsión contra la falsa universalidad de las reglas, vemos una creciente inclinación hacia esa suerte de microhistoria o

historia del fragmento —circunscrita a la huella—, en la que la apacibilidad de los ciclos, la bondad de las espirales explicativas del devenir histórico, los vaivenes y dialéctica de los hechos y la realidad social y humana apenas asoman por los resquicios de su devenir una vez menospreciados, ideologizados y banalizados.

Siendo así, ¿qué sentido tiene continuar discutiendo en términos históricos? ¿qué consecuencias urbanísticas y sociales pueden derivarse de esta nueva situación? Las respuestas nos la ofrece el día a día, los mismos acontecimientos. Ahora bien, aún con plena conciencia de que el tema es mucho más amplio y de que su debate está todavía en sus inicios, a modo de percepción personal podemos avanzar dos vías interpretativas de cómo actitudes como las recogidas en párrafos anteriores han hecho mella en el estudio y en la propia construcción de la ciudad.

La primera, tiene que ver con la disolución de la propia historia; es decir, trata de pasar por encima y de puntillas sobre la nebulosa que, a su vez, trata de disfrazar los problemas plantados por la propia historia. Estaríamos ante ese tipo de "historia" en la que la perfección del método sólo es equiparable a la coherencia de sus resultados y, en consecuencia, no sería deudora de otros planteamientos que los inherentes a la propia ideología en la que se sustenta; o lo que es lo mismo, ante una historia en la que los números y las series constituirían los baluartes de la verdad; la "ciencia" su principal aval y la tecnología actuaría como cadena de transmisión entre los hechos y las conclusiones. Estaríamos, en suma, ante esa abundante producción "histórica" basada en cifras y que en general se sustentan en la geografía, y la demografía, entre otras disciplinas. En este caso a los problemas plantados por la

interdisciplinaria habría que añadirle los propios del método "científico", lo que situaría a la Historia Urbana más allá del límite de lo razonable, fuera de órbita, ante esa ilusión científica a la que se refiere Fontana en la que la ciudad y el territorio apenas tienen cobida.

La segunda, por su lado, tiene que ver con esa otra visión de la historia que acabamos de ver, y que, abrumada por la vastedad de los hechos, se especializa en el análisis del fenómeno urbano en sí, rechazando incluso la historicidad del método histórico; lo que es lo mismo que decir que parte de supuestos estancos y de la debilidad de los lazos que unen el pasado, el presente y el futuro. Una historia inconsciente del fragmento, episódica, descriptiva, narrativa e inductora a equívocos. Una historia postmoderna, fácilmente instrumentalizable e interesada, al servicio del mejor postor, en la que la ausencia de globalidad, la pérdida del sentido, la aleatoriedad de las fuentes y la imprecisión del método la convierten en la mejor apuesta para un letargo feliz. Un ejercicio de erudición, desnudo de sentido e inquietud más allá del de satisfacer la vanidad de alguna institución patrocinadora.

Pero, si la historia no ha llegado a su fin, y si el método histórico puede ayudar a desvelar los entresijos e intereses que se ocultan tras tal pretensión, sólo queda el juego del escondite: en el que todo cabe, incluso disfrazar los hechos; una forma de plantar cara y de burlar a aquellos obstinados en conocer la verdad, aquella que se formula como antecedente lógico del consecuente presente. Una forma como otra de romper los protocolos que han orientado la investigación histórica en aras a una legitimización del presente como historia; una forma de encuadrar la realidad y mostrar una naturalidad fingida; una forma, en suma, de

acabar con cualquier significado de la historia.

Lo que nos sitúa ante una nueva perspectiva –o no tan nueva–, filtrada por intereses espurios y perfilada en departamentos impermeables, en los que la lógica relacional se ha visto sustituida por la sagacidad de un sujeto empírico dispuesto a desaparecer ante las exigencias del guión. Nebulosa en la que convergen la apuesta interdisciplinaria y la compartimentación actual, fomentando la fragmentación y autonomía disciplinar en los términos apuntados por Fontana.²⁰

Ahora bien, un montaje de este calibre al que han sido convocados, no sólo lo mejor de la inteligencia neoliberal, sino los más influyentes media, carecería de sentido sin la concurrencia de los intereses que se deducen de sus gestos. Y si eso sucede en todas las esferas de la vida, otro tanto sucede en la ciudad sobre la que todo lo que acabamos de ver ejerce una enorme influencia. Ante este estado de cosas, no debe sorprendernos ver a la ciudad, una vez vaciada de contenido, libre de atributos, eximida de cualquier compromiso histórico, iniciar su andadura de la mano de lo que Debord²¹ llamó la sociedad del espectáculo o dominio autocrático de la economía mercantil. Marco propiciatorio en el que, tanto desde el punto de vista práctico, como de proyección social y política, el presente urbano –amparado en el "rigor" que le imprimen las nuevas miradas de la historia–, se revestirá con sus mejores galas e iniciará una nueva partida, la partida definitiva, la del siglo XXI, que, además de la reglas que impone el mercado, contará entre otros con los siguientes ingredientes:

a) *Un nuevo tipo de fuentes derivadas del problemático presente.* Resulta sorprendente que en un momento en el que las tecnologías de la información pueden procesar cualquier

tipo de dato en bruto éstos se diluyan, pulvericen o simplemente desaparezcan de la escena –de forma interesada– minimizando la posibilidad de reconocer la realidad; y que cualquier intento, no ya de ahondar, sino de evaluar el estado actual de nuestro conocimiento se vea truncado por una descomposición sin precedente de las fuentes, levantando una barrera infranqueable entre cualquier espectador y la realidad. La misma realidad que propicia que los intentos de restitución de la verdad caigan en la esfera de la desinformación. El reconocimiento de la ciudad en este sentido se verá limitado, tanto por la selección de los acontecimientos más proclives a la exaltación de la propia ciudad, como por la parafernalia ideológica encargada de presentar como verdadero lo que sólo lo es en parte, hasta convertir la publicidad y las operaciones de *marketing* –dirigidas a la promoción de la ciudad– en fuentes privilegiadas de su historia.

No hay más que observar algunos acontecimientos recientes acaecidos en algunas ciudades españolas para entender el alcance de nuestras percepciones, tal como se desprende, entre otros, de los ejemplos de Barcelona y Valencia. Así vemos como la Barcelona del Fórum 2004, inicia su aventura sometida a dos tipos de reglas: unas, de carácter público, inspiradas por las distintas administraciones cooperantes; y, otras, de marcado carácter privado, inculcadas por el mundo de las sociedades anónimas. El éxito del evento estaba garantizado desde el principio. Si la sintonía entre ambos conjuntos de reglas estaba garantizada por la propia naturaleza del acontecimiento, otro tanto ocurría con el terreno de juego, la propia ciudad. Ahora bien, tras este matrimonio de conveniencia gravitarán dos ideas antitéticas: por un lado, una idea de Fórum, sujeta a las leyes del espectáculo –como diría Guy Dabord–, únicas capaces de garantizar la

armonía de los contrarios; y, por otro lado, cierta vocación insatisfecha, en sintonía con el espíritu crítico que alimenta la desbocada globalización. Ante semejante panorama, no cabe la menor duda de que el investigador que pretenda descifrar los enigmas del Fórum va a tener que sortear los estigmas de la duda. En cuanto espectáculo, las preguntas que deberán orientar al obstinado investigador tendrán que girar desde nuestro punto de vista en torno a la naturaleza de las estrategias urbanísticas capaces de satisfacer las expectativas que le brinda la globalización: fundamentalmente a través de la competencia de ciudades, algo obvio en un marco de economía libre de mercado. Sin embargo, en la medida en que se trate de la satisfacción una vocación *insatisfecha*, el curioso tendrá que interrogarse acerca de las bases que deben orientar la recomposición de la ciudad para que sea más solidaria, justa y equilibrada. Planteamientos nada baladíes si atendemos a la cronología del proyecto.

En efecto, como suele suceder en estos casos la operación se monta sobre una idea indeterminada, aunque sí que se tenía claro que debía substanciarse en una importante operación urbanística. De hecho habrá que esperar a abril del 2002 para que Jaume Pagés asuma el cargo abandonado por Caminal –por indeterminación del proyecto y por considerar su costo un exceso presupuestario para una convocatoria que apelaba a la sostenibilidad–, y a junio del mismo año para que se dé a conocer el programa. Circunstancias que propiciarán que en noviembre de 2003, ante el desarrollo de los acontecimientos, muchas entidades cívicas propongan un anti-Fórum.

La inauguración del Fórum y la respuesta de los media, si bien es cierto que despejaron muchas dudas sobre su sentido, no lo es me-

nos que plantearon otras tantas. En principio, lo que más sorprendió fue tanta unanimidad. El consorcio firmado por el Gobierno central –entonces del PP (Partido Popular)–, la Generalitat –entonces de CiU (Convèrgencia i Unió)–, y la Alcaldía –del PSOE (Partido Socialista Obrero Español)– garantizaba el éxito desde el primer momento. La disolución del límite entre lo público y lo privado parecía garantizada. Los principales periódicos y cadenas de televisión privadas –todos ellos comprometidos con el evento desde el primer día como *media partners*–, así como las cadenas de televisión públicas –como cajas de resonancia del poder político–, bombardearon implacablemente en sus telediarios y programas especiales a una ciudadanía interesada en entender el alcance del evento, unas veces a través del boca a boca y otras a través de la Internet. En este contexto, discernir si el Fórum –apellidado Universal de las Culturas– se movía en el entorno vocacional y si arrancaba o no con el espíritu de Porto Alegre resultaba una tarea ociosa, sobre todo a partir del momento en el que se cede la tribuna a su alcalde João Velte. Gesto que no impediría que el gran público pensase en la desmesura del espectáculo, incluso para denunciar, por ejemplo, la guerra de Irak –pese al veto del PP– cuando millones de españoles ya se habían manifestado reiteradamente en su contra. Por lo demás, las dudas derivadas, sobre todo, de la naturaleza de las empresas patrocinadoras del espectáculo no harán sino añadir más leña al fuego de la incompreensión.

En efecto, la promoción del referente ético en el universo de la empresa –en comunión con las novedosas estrategias de marketing–, constituirá el hilo conductor de la argumentación que subyace al patrocinio de las empresas del Fórum, sabedoras de que la ética funciona como marketing de los valores y como estrategia comercial y comunicacional. Ahora bien,

la asunción de este hecho como el de no presuponer ninguna vocación filantrópica a la empresa, no debe eximirlos de la responsabilidad expresada por Lipovetsky cuando escribe que: *Lo que clama al cielo no es la utilización económica de los valores, sino la violación real de los principios éticos por parte de los mismos que se definen como comprometidos en una acción ciudadana y moral.*²² La aparente identidad entre ética y legalidad lleva en este caso a confundir los extremos, a involucrar el cinismo, la mezquindad y la codicia como las pautas de conducta éticas, y la mentira como artificio compensatorio del proceso económico. Contexto que mueve a preguntarnos ¿con qué talante se pueden recibir los mensajes del Fórum cuando se conocen las actividades e intenciones de sus patrocinadores?, y ¿en qué medida la construcción de la ciudad que inspira el Fórum puede representar los valores ejemplificadores objeto de diálogo o puede estar inspirada en los principios sobre los que descansa la economía de mercado? Preguntas cuyas respuestas invitan a nuevas preguntas tales como ¿hacia donde deberá orientar la mirada el investigador para descubrir las razones que desembocaron en los edificios de Fórum y en la urbanización aledaña? ¿Qué tipo de relaciones cabrá deducir entre las administraciones y el sector inmobiliario? o si ¿habrá, quizá, que ampliar la prospección al entorno inmediato para descubrir sus razones, o habrá que ir más allá? ¿Qué ha cedido la ciudad a cambio del patrocinio de una parte de la inversión? o ¿cuántas plusvalías del suelo se han generado y quién se ha apropiado de ellas?

El libro o los libros, artículos y reseñas que deberían dar respuesta a tanta pregunta parece que no se escribirán. Una suerte de secretismo parece envolver al proyecto del Fórum. El hecho de no haberse publicado ningún libro como antes se hiciera con la villa Olímpica –aunque

fuera meramente testimonial— da mucho que pensar, sobre todo contando como cuenta la organización con insignes escritores, arquitectos y urbanistas. Parece haber una voluntad deliberada en reducir las fuentes de la historia a esporádicas instantáneas televisivas o a una promocional página Web.

El plus urbanístico arquitectónico que otrora acompañó a las Olimpiadas del 92 y su traducción en la ciudad a través de mil obras estructurantes, se resuelve ahora en un caricato urbanístico arquitectónico postmoderno con el único aval que es capaz de otorgarle un argumento de autoridad como el substanciado a la posesión del premio Príncipe de Asturias. En cuanto a las virtudes de orden urbanístico acumuladas por el proyecto, no hay más que leer los artículos publicados sobre el Fórum en *Arquitectura Viva*,²³ por Oriol Bohigas —quien una vez más resucita su nostalgia por el planeamiento, aunque como siempre en boca de otros— o por Montaner y Muxí —quienes en su artículo no dejan títere con cabeza—, o el más reciente texto de Joan Busquets²⁴ sobre *Barcelona* para relativizar el valor de su contenido. Atrás queda la *Barcelona Olímpica*, surcada por mil acciones de todo tipo: viarias, arquitectónicas, estructurales... La *Barcelona del Fórum* al final no parece ofrecer, según Busquets, más que *unas grandes espacios libres para uso masivo que luego han de dar lugar a un centro de convenciones...*

El mismo Borja,²⁵ uno de los ideólogos del Fórum 2004, en su último libro sobre la ciudad conquistada pone el dedo en la llaga al referirse a la nueva ciudad propiciada por el Fórum, bien como una de las actuaciones urbanísticas que requieren una escala para permitir construir nuevas relaciones entre poblaciones y espacios, pero que, sin embargo, se circunscriben a un área de actuación reducida

al colectivo social afectado por el estado de las viviendas, la marginación social y las dificultades de convivencia, señalando el caso del barrio de la Mina; bien como uno de los casos cada vez más frecuentes de delimitación de áreas “vendibles” a los promotores privados como los *new projects* —dice de Barcelona—, u operaciones públicas con justificación cultural destinadas a valorizar los entornos y atraer operadores privados. Pero lo más notable de las percepciones de Borja es comprobar —a través la protesta popular—, que ni tan siquiera La Mina se ha visto afectada por la gran operación de saneamiento —de 200 hectáreas— que implica el Fórum. Realidad promotora de nuevas dudas que invita al historiador urbano a la tediosa tarea de investigar las circunstancias que han conducido a tal abandono. Investigación que a su vez alimentará nuevas dudas e invitará a hacerse nuevas preguntas. Habrá, pues, que conocer las razones por las que se descabalgan dichos barrios del plan inicial y preguntarse ¿por qué teniendo una ocasión de oro para lavar la cara del espectáculo —los diálogos pasan, pero la ciudad permanece—, no se echa mano de dichos barrios?

Si el principio de los trabajos productivos que inspiró la reforma del París de Haussmann fue capaz de transformar la ciudad, hoy parece que sólo podemos recordar lo que de fantásticas tuvieron las cuentas sobre las que descansó.

El caso de Valencia discurrirá por otros derroteros, aunque la moraleja parece ser la misma. A un nivel más local, pero con los mismos intereses, se iniciará la andadura de la construcción de otras tantas ciudades como la de las Ciencias, de la Música y de las Artes, etcétera. Grandes contenedores vacíos de contenido y un importante despliegue inmobiliario a su alrededor. El paralelismo es evidente: la paz, la sostenibilidad, la diversidad cultural, las cien-

cias, las artes y lo que se quiera, hondean bajo la misma bandera enarbolada una vez más por los mismos partidos PSOE y PP. La pérdida de la idea global de ciudad y su paradójico sometimiento a logos universales confunden a tirios y troyanos; no sólo a los ciudadanos, sino a quienes se aproximan a ellos con visos de comprenderla. Hasta los currícula de los arquitectos del Fórum y de la Ciudad de las Ciencias comparte la bendición que supone la posesión del galardón Príncipe de Asturias. E igual que en Barcelona, se pretexto la competición de ciudades.

Una vez más, el historiador urbano tendrá que vérselas con las fuentes en el momento de tratar de dilucidar el alcance de proyecto, sobre todo si pretende desvelar las misteriosas –más que fantásticas– cuentas que desde el principio rodearon a la construcción de la Ciudad de las Ciencias. El mismo análisis podría aplicarse al Madrid de la Boda del Príncipe de Asturias, y a otras muchas ciudades españolas. Madrid se convirtió en una Ciudad de Cuarzo durante un par de días.

b) *La nula de responsabilidad de la acción urbanizadora cuando se rompen las reglas del juego que, en principio, deben informar la construcción de la ciudad.* La mistificación de que es objeto la ciudad actual, su reducción a unos cuantos tópicos altisonantes, el cruce de intereses –confesables (políticos) e inconfesables (empresariales)–, la naturalidad de los procesos que subyacen a su construcción y la complejidad que la arropa, crean el caldo de cultivo ideal para el enmascaramiento de toda responsabilidad. Como escribe Dabord: *El fin de la historia ofrece un plácido reposo a todo poder presente. Le garantiza sin falta el éxito del conjunto de sus empresas, o cuanto menos el ruido del éxito.*²⁶ La certeza de que nadie va a exigir responsabilidades, la puesta en marcha

de la maquinaria publicitaria –noticias de prensa expresamente diseñadas para actuar como cajas de resonancia del poder político, insistentes programas televisivos, publicidad específica, etcétera–, el prestigio de la democracia liberal y la legitimidad que otorga la convicción de que vivimos en el mejor de los mundos, todo ello adobado con unas cuantas recetas de ética mercantil –en conjunto o aisladamente–, bastan para guiar los designios de la ciudad hoy. Una ciudad labrada por la competencia y atenta a un mundo que no acaba de comprender.

Ahora bien, el principal problema que se plantea en este nivel es una vez más fronterizo. Así como hace unas décadas nadie dudaría en afirmar que la construcción de la ciudad, al menos del espacio público, era competencia del sector público, hoy las respuestas a la pregunta ¿quién decide la ciudad? son menos evidentes. La desregulación urbanística, de la misma forma que aumenta la tan cacareada flexibilidad, disuelve la responsabilidad de sus promotores en un magma de sofismas con el único objetivo de legitimar los sin sentidos de muchos proyectos urbanos. Lo que nos permite pensar que si la competencia es una falacia, mucho más es su puesta en escena, las miserias que esconde y las frustraciones que acumula. Qué decir, sino de las quiebras derivadas de tantas inversiones en ciudad, enmascaramientos contables, verdades a medias, triunfalismos innecesarios, etcétera. A pesar de los improbables esfuerzos por ocultar la realidad todo apunta a que la falta de responsabilidad sólo esconde esa otra realidad mucho más dura que nos recuerda y potentiza que todavía estamos en los albores de la historia.

¿Cómo interpretar el debe y haber de un balance montado sobre tópicos y repeticiones que no por tópicos y repeticiones son más verdad?

¿Cómo evaluar la rentabilidad de una inversión en proyectos de la naturaleza de los que comentamos? Ante la dificultad de no sucumbir al imperio de las cifras se trata de medir el éxito o fracaso de los eventos a través del número de visitantes, cuando de antemano conocemos las expectativas ¿Quién duda que tanto el Fórum barcelonés como la Ciudad de las Ciencias valenciana se llena con visitas organizadas por el IMSERSO o por excursiones escolares? Parece que una vez satisfechas las expectativas de visitantes el reto se ha superado y la responsabilidad se ha cubierto. Pero, la indagación debe ir más allá y descubrir las razones ocultas de tales proyectos, si las hay ¿Qué negocio se esconde tras esas más de tres mil plazas hoteleras de lujo que se han construido en la zona del Fórum?, ¿qué se sabe del día después? Por lo que se rumorea parece que todo está atado y bien atado; los negocios engrasados y todo dispuesto para el despegue, pero, ¿de quién?

En efecto, hace solo unos días, en *Le Figaro économie*,²⁷ se daba la noticia de los malos resultados contables, no sólo de Euro Disney, sino de los parques de atracciones españoles. Desde la distancia de la noticia o desde el aislamiento del acontecimiento, parecía una noticia empresarial, pero a la vista de los hechos cabe preguntarse si tras esa apariencia mercantil no se esconde una trama económica de carácter especulativo o una burbuja inmobiliaria montada sobre la recalificación de los suelos aledaños a dichas ciudades o una trama de amistades peligrosas o una prevariación continuada. Hasta donde conocemos todo apunta a un ejercicio de distracción. Mientras nos esforzamos por entender la crisis contable de la ciudad del siglo XXI, como se las llama, olvidamos los auténticos motores que las impulsaron; es decir, las rentas del suelo. Las preguntas se repiten ¿Tras el fracaso de Terra

Mítica, en Benidorm, qué sentido tiene la promoción de un nuevo parque temático en la Comunidad Valenciana, como Mundo Ilusión, o la construcción de un aeropuerto, sino el de la promoción de nuevos suelos?

Si Terra Mítica estaba llamada a enmascarar grandes operaciones de clasificación de suelos y promociones inmobiliarias, el caso de Mundo Ilusión es todavía más exagerado. Todavía hoy, no se sabe nada del parque temático. Es el gran desconocido. Sin embargo, el ruido que hace la sociedad mercantil –de tres socios– propietaria de 16 millones de metros cuadrados de suelo alrededor de la supuesta ciudad temática es ensordecedor. La programación de 20.000 viviendas, la construcción de tres campos de golf y varios hoteles de lujo claman al cielo; y mucho más la construcción de un nuevo aeropuerto, a cargo del erario público, desaconsejado por los directores generales de las principales compañías aéreas españolas, Iberia y Air Nastrum. Se nos dice que los tiempos cambian a un ritmo vertiginoso y es cierto. Nadie puede negar que estamos a nivel americano. Estrategias como la orquestada en torno a Mundo Ilusión son equiparables –en cuanto a método– a aquellas otras recogidas por Paul Krugman²⁸ en su libro *El gran engaño*; sobre todo las explicitadas en el capítulo: “Capitalismo de amigos, EE.UU.”; circunstancias que permiten referirnos a Mundo Ilusión como una gran operación especulativa montada sobre el amiguismo y la irresponsabilidad.

c) *La reducción metonímica a la que nos tienen acostumbrados los artifices de la construcción de la ciudad –a través de unos media disciplinados y entusiastas, testigos o protagonistas de excepción del presente–, y la propia formación de la ciudad espectacular. Óptica que nos traspone y sitúa en el centro del*

giro lingüístico al que alude Fontana cuyas consecuencias no se hacen esperar en el momento de reconocer la ciudad. En efecto, Fontana²⁹ escribe que: *los políticos no reaccionan ante la realidad como tal, sino ante la realidad socialmente construida, y que la forma en que la sociedad es conocida para propósitos políticos y administrativos depende de prácticas específicas de lectura y escritura. Mutatis mutandis, la construcción de la ciudad se hace gravitar, no tanto sobre la base estructural encargada de organizar la vida de los ciudadanos, cuanto de la imagen que a través de la literatura, especializada o no, o la publicidad, conviene – desde la perspectiva política – ofrecer de la propia ciudad. La ciudad pierde el sentido que le confieren los hechos y se recluye en ese nuevo género, entre periodístico y literario, que subyace en los medios de difusión actuales. La pérdida de sentido o el menoscabo de que es objeto la historia global se proyecta en la ciudad a través de su negación y la ocultación de sus partes pudendas. La impunidad derivada de la segmentación, ocultación o simplemente no producción de la información constituye el motor que impulsa –vía legitimación política– la construcción de la nueva ciudad. Como señala Guy Debord.³⁰ Con la destrucción de la historia, incluso el acontecimiento contemporáneo se pierde inmediatamente en una lejanía fabulosa, entre relatos imposibles de verificar, estadísticas incontrolables, explicaciones inverosímiles y argumentos insostenibles.*

En nuestro caso, ¿qué alcance y significado puede tener para la ciudad la construcción de un Fórum o una Ciudad de la Ciencias como la construida en Valencia? A lo sumo, su visión desde la lejanía puede recordarnos un ídolo con pies de barro, una mala digestión de la democracia, un gesto de nuevo rico, un slogan interesado, el camino equivocado de lo político, o vaya usted a saber qué. De lo que no

cabe duda es de que, afortunadamente, Valencia es algo más que ese exabrupto postmoderno y que sus ciudadanos muchas veces poco o nada tenemos que ver con sus representantes políticos, de la misma forma que los catalanes son mucho más que la idea que se traduce de la gestión de las ideas y edificios sobre las que se ha hecho descansar el Fórum. Pero, ¿será capaz el historiador de darse cuenta de tal realidad cuando analice la Valencia o la Barcelona finisecular? o, por el contrario, los argumentos más o menos prefabricados a favor del acontecimiento como un espejismo le impedirán discernir las circunstancias que han conducido la ciudad a su estado actual. Y si se da cuenta, ¿será capaz de hallar el momento en el que la historia se colapsó entre insidias y vejaciones, mentiras y manipulaciones?

En todos los casos, si algún inquieto profesor desea hacer su tesis doctoral sobre la historia urbana de Valencia o de Barcelona de fin de siglo deberá prescindir de algunos tópicos al uso e investigar las circunstancias que propiciaron la construcción de sus proyectos recientes atendiendo, entre otras cosas, a las relaciones entre el poder político y el sector inmobiliario, –también multinacional en el caso de Barcelona– el movimiento de las rentas de suelo, los tipos de promoción, el reagrupamiento empresarial, la contabilidad de los mismos proyectos, las vicisitudes del turno político y, sobre todo, su proyección urbanística; y, si alguien tiene empacho, su factura arquitectónica. Pero, además, deberá investigar la coherencia de la política urbanística municipal, la oportunidad de los nuevos espacios centrales, su proyección en la ciudad, la repercusión urbanística de los convenios sectoriales, la degradación medioambiental, los desequilibrios y déficit dotacionales acumulados en la ciudad y muchas cosas más; todas aquellas cuyo conjunto realmente perfilan la realidad urbana de nues-

tras ciudades, incluso en la era de la globalización.

d) Por último, debemos referirnos a la falsificación de la realidad que suele acompañar a los grandes proyectos de agiornamento de las ciudades en los que el marketing campa a sus anchas. En esa denodada carrera hacia la nada, cada vez con más insistencia vemos aflorar una nueva clase política obcecada por la innovación. Ahora bien, dada la dificultad de proyectarla en la ciudad, es cada vez más frecuente verla sumergida en la lógica de la propia competencia de la cual depende, dado su carácter práctico, provisional y proclive al cambio.³¹ Tarea que implementará un nuevo sistema de relaciones en el que la idea de innovación se tratará de conjugar con la de novedad, cerrando el ciclo reproductor, no solo de la ciudad sino de la economía en su conjunto. Óptica que nos muestra una ciudad preocupada por la innovación y la producción de nuevos objetos para el consumo, abriendo nuevos mercados y participando activamente en el ciclo reproductivo; ratificando, una vez más, su condición de mercancía. Eje argumental sobre el que gravitarán todos los procesos de mitificación de la propia ciudad y en los que el marketing es llamado a jugar un papel principal.

Ahora bien, esta percepción de la realidad hallará en la historia su principal contradictor en la medida que es la única capaz de evaluar los hechos y de desenmascarar al marketing como uno de los mecanismos más inicuos de los que concurren en la construcción de la ciudad, fundamentalmente por el escaso compromiso de los mensajes publicitados con la calidad del producto. Una cosa es lo que se predica del acontecimiento y otra muy distinta lo que es en realidad. La innovación de este modo se ve suplantada por una "novedad" más leve y fácil

de disfrazar, sobre todo ante un público laxo que lleva décadas adormecido a causa de la ignorancia. Circunstancias propiciatorias de una ciudad bañada por continuos sobresaltos, que cuenta, no obstante, con el consenso de una "inteligencia" convenientemente instruida para legitimar lo que de otro modo sería imposible.

Ante la imperiosa necesidad de promoción de una ciudad, región o país, el consenso sobre el todo vale es inmediato. Los medios para alcanzarlo pueden ser de lo más diverso. Circunstancia que elevará a la imaginación y a la creatividad de las agencias publicitarias al rango más elevado. Una marca, un emblema, una imagen o un logotipo bastarán para el lanzamiento de cualquier producto, para subvertir su naturaleza o para brindar una nueva imagen. Si en algún momento existieron reglas del juego desaparecerán y en su lugar aparecerá lo que no puede ser de otro modo, la mismidad, lo idéntico, lo convergente. Las únicas variaciones procederán del estilo.

Sólo a través del marketing urbano la ciudad deja de ser algo complejo para ofrecerse al gran público como producto listo para el consumo. La ciudad se anula a favor del slogan y el simulacro, se pierde entre la espesura de la ficción; lo que nos invita a pensar en la ciudad en términos de *ciudad temática*. Y será sobre esta base sobre la que el acontecimiento se percibirá con mayor nitidez. Nadie duda que en el Fórum se van a producir diálogos importantes, pero también la ciudadanía es consciente de que dichas actividades forman parte del marketing tal y como hemos avanzado antes. Y como producto del marketing podrá ser ella y su contraria, local y global, física y etérea, etcétera, comercial y turística y a pesar de todo histórica. Ahora bien, es probable que su historia no se escriba nunca, o se escriba des-

de los reflejos del poder político, o quizá el maquillaje dificulte el reconocimiento de los hechos e impida su escritura. Presagios inequívocos de defunción que nos llevarán a acatar que la historia ha llegado a su fin, aunque, obviamente, no al fin que se pregona, sino al llamado a clausurar el conocimiento. En cuyo caso habrá que volver a empezar, aunque no sepamos ni cuando ni en qué condiciones.

Epílogo

No obstante, a pesar del empeño de muchos, nada nos invita a suponer que la historia va a desaparecer. Hemos visto como junto a cierta descomposición disciplinar se está operando otra –finalista– de marcado carácter político institucional; y hemos comprobado que si la primera es importante, en tanto en cuanto nos aleja del objeto ciudad, la segunda es definitiva en cuanto anuncia su disolución. Ahora bien, estando así las cosas, las precauciones a tomar son muchas y de diversa índole; pero, del mismo modo que los demóteros de la historia no dependen de nosotros como ciudadanos, la pervivencia de su rigor disciplinar y científico sí que nos compete como historiadores. Circunstancia que nos compromete e invita a recapitular, a decir basta y a tratar de devolverle a la historia el prestigio que un día no lejano tuvo. Una de las pocas actitudes capaces de apuntalar nuestra presencia como historiadores en la desigual lucha contra su supresión definitiva.

Notas y Bibliografías

¹ de TERÁN, Fernando (1996). "Historia Urbana moderna en España. Recuento y acopio de materiales", revista *Ayer*, Madrid, n. 23, p.: 88.

² Lo que no tiene nada que ver con esa pulverización de la actividad investigadora, emparentada con la genealogía, y que parte muchas veces de una insuficiente distinción entre las técnicas de trabajo y las disciplinas autónomas.

³ PIÑÓN, Juan Luis (1996). "Apreciaciones sobre los márgenes de la ciudad", publicado en la revista *Ayer*, Madrid, n. 23, p.: 15 ss.

⁴ de TERÁN, Fernando, *ibídem*, p.: 89.

⁵ SAMBRICIO, Carlos (1996). "De los libros de viajero a la historia urbana: el origen de una disciplina", publicado en la revista *Ayer*, Madrid, n. 23, p.: 88.

⁶ Nos referimos a la revista *Historia Urbana*, publicada por I'VEI, en Valencia, en la década de los noventa.

⁷ FONTANA, Josep (1992). *La Historia después del fin de la Historia*. Barcelona, Crítica (Grijalbo Comercial, S.A.), p.: 81.

⁸ Lo que, en el mejor de los casos, puede conducir a visiones tan excéntricas como la postulada por Fuller para medir la modernidad de la arquitectura, según el cual las casas de Le Corbusier debían considerarse reaccionarias por exceso de peso; y, en el peor de los casos, a una reducción de la arquitectura a la estadística de los materiales con los que se contruye: ladrillos, viguetas, arena, cemento, materiales... conceptos, por lo demás, más próximos a la historia económica que a la arquitectura.

⁹ FONTANA, Josep, *ibídem*, pp.: 82, 105.

¹⁰ SÁDABA, Javier (1993). "¿El fin de la historia? La crítica de la postmodernidad al concepto de historia como metarrelato", en Reyes MATE (Ed.), *Filosofía de la historia*, Madrid, Editorial Trotta S.A., p.: 205.

¹¹ RYAN, Alan (1994). Introducción a *A propósito del fin de la historia*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim -IVEI, p.: 12.

¹² HILL, Christopher (1994). "¿Unas exequias prematuras?", en *A propósito del fin de la historia*, Valencia, Edición Alfons el Magnànim -IVEI, p.: 22.

¹³ Germán CANO insiste en que "la preocupación de la historia "objetiva" por la verdad del pasado termina siendo enfocada desde el régimen de valo-

res actuales que configuran la conciencia del sujeto investigador e ignora la verdad establecida de la época que estudia". Ver CANO, Germán (1999). "Nietzsche y la poderosa fuerza del presente. Una introducción a "Sobre la utilidad y perjuicio de la historia para la vida", en Friedrich NIETZSCHE, *Sobre la utilidad y perjuicio de la historia para la vida (II Intempestiva)*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, S. L., p.: 21.

¹⁴ Sus continuas referencias a esa poderosa y nueva fuerza vital sin la que cualquier historia se convierte en manipulación y el hombre deja de ser tal, sólo nos descubren lo que ya sabemos o ya se sabía, incluso, en la época en la que escribió la *II Intempestiva*; igual que cuando exhorta a pensar que la historia anima a los hombres, sobre todo, a ser sinceros, incluso locos sinceros, ante la dominación de la formación histórica y la chaqueta del burgués universal.

¹⁵ En efecto, el genealogista si se toma la molestia de escuchar la historia descubre que detrás de las cosas hay "otra cosa bien distinta". Ahora bien, si la historia es incapaz de mostrarnos la verdad de los hechos por su propia naturaleza, la indagación de los hechos deberá discurrir por otros derroteros, los de la genealogía, en tanto que opuesta "al despliegamiento metahistórico de las significaciones ideales y de las indefinidas teleologías", y en clara sintonía con la "pequeñas verdades sin apariencia, establecidas según un método riguroso" y abierta oposición a los "grandes errores beneficiosos". Hacer genealogía, en consecuencia, será insistir en las meticulosidades y azares de los comienzos; ... prepararse a verlos surgir, al fin, sin máscaras, con la cara de lo otro.

¹⁶ Nietzsche se refiere a ese enorme entramado y andamiaje de los conceptos al que de por vida se aferra el hombre indigente para salvarse, armazón para el intelecto liberado y juguete para sus más audaces obras de arte. El mismo que cuando lo destruye, lo mezcla desordenadamente y lo vuelve a juntar irónicamente, uniendo lo más diverso y separando lo más afín, pone de manifiesto que no necesita de aquellos recursos de la indigencia, y que ahora no se guía por conceptos, sino por intuiciones.

¹⁷ FOUCAULT, Michel (1988). *Nietzsche, la genealogía, la historia*, Valencia, Ediciones Pre-textos, p.: 25-6.

¹⁸ No obstante, la elocuencia de las reflexiones de Nietzsche no debe desviarnos de su significación, ni de su instrumentalización en manos de aquellos

que, académicos o no, convencidos de que su propia sociedad debe ser eterna -porque les resulta confortable-, no han dudado en tratar de desmontar, no tanto el sentido -finalista- de la historia, cuanto su método, con la convicción de que disolviendo su proceder se legitimaba el sin sentido -actual- de cualquier práctica.

¹⁹ Hace varias décadas F.A. Hayek, con una decidida vocación, más de defender las conquistas sociales del capitalismo que de profundizar en los límites ideológicos de la práctica historiográfica, pretendió desvirtuar el papel de la historia mostrando su carácter instrumental, tesis que trató de defender refiriéndose a la dimensión política de la historia, en tanto que constructora de mitos o falsificadoro de la realidades-, llegando a afirmar que los mitos históricos han jugado, en la formación de las opiniones, un papel probablemente tan importante como los propios hechos históricos. Ahora bien, las precauciones de Hayek, si bien parten de un interés abstracto por conocer la verdad, los hechos no le acaban de dar la razón.

²⁰ Fontana escribe, refiriéndose a las disciplinas autónomas, que no es que estos aspectos no hayan sido tomados en cuenta anteriormente, sino que ahora tienden a desgajarse, a cerrarse sobre sí mismos, aislándose del estudio global de la sociedad, y a convertirse en territorio acotado de una práctica científica que se pretende autónoma. Ver FONTANA, Josep, *Op. Cit.*, p.: 84.

²¹ En el sentido de que el primer designio de la dominación espectacular es hacer desaparecer el conocimiento histórico en general, empezando por la información y los comentarios razonables acerca del pasado reciente, y de organizar con maestría la ignorancia acerca de lo que está pasando y el olvido de cuanto -a pesar de todo- se ha de llegar a saber. Ver DABORD, Guy (1999). *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo*, Barcelona, Editorial Anagrama, S.A., p.: 25 ss.

²² Según Lipovetsky, la ética no constituye una práctica desinteresada, sino una inversión estratégica y comunicacional al servicio de la imagen de marca y del crecimiento de la empresa a medio o largo plazo. LIPOVETSKY, Gilles (2003). *Metamorfosis de la cultura liberal. Ética, medios de comunicación, empresa*, Barcelona, Editorial Anagrama, p.: 85ss.

²³ BOHIGAS, Oriol (2002). "Ciudad y acontecimiento. Una nueva etapa urbanística"; y MONTANER, Josep M^o y MLXI, Zaida (2002). "Los modelos Barcelona. De la ocupatura a la prótesis", en *Arquitectura Viva*, Madrid, n. 84, mayo-junio 2002.

²⁴ La brevedad con la que el profesor Joan BUSQUETS (2004) despacha el tema es más que sintomática, Barcelona, Barcelona, Ediciones del Serbal, p.: 433.

²⁵ BORJA, Jordi (2003). *La ciudad conquistada*, Madrid, Alianza Editorial S. A., p.: 89.

²⁶ DABORD, Guy, *ibidem*, p.: 26.

²⁷ Ver Anne-Laure Julien, *Une dernière chance pour Euro Disney*, en *Le Figaro*, Dimanche, 30 mai 2004

²⁸ KRUGMAN, Paul (2004). *El gran engaño. Ineficacia y deshonestidad: Estados Unidos ante el siglo XXI*, Barcelona, Crítica S.L., p.: 101 ss.

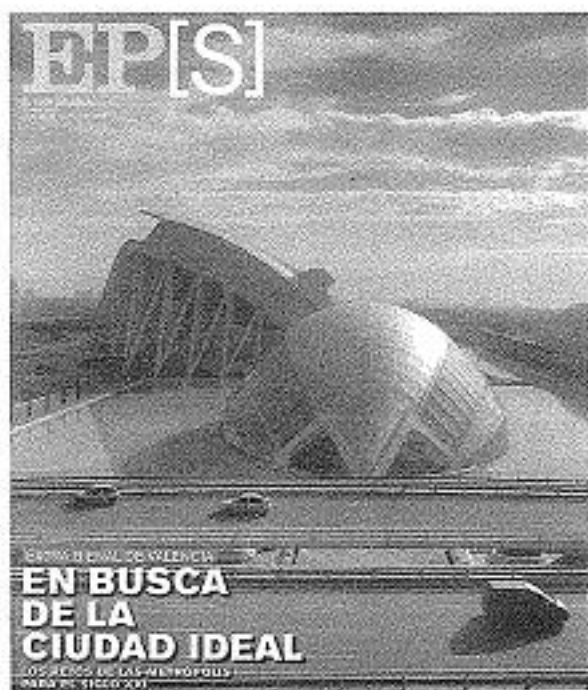
²⁹ FONTANA, Josep, *ibidem*, p.: 94

³⁰ DABORD, Guy, *ibidem*, p.: 28.

³¹ MÉNDEZ, Emilio. "Innovación: mitos y realidad", en *El País Digital*, Debates. <http://www.elpais/p/d/debates/emendez.htm>



Archivo [forum] Publicidad en el periódico El País, en la que se anuncia la inauguración del Fórum de Barcelona. La palabra "mañana" parece presagiar el futuro inmobiliario que se oculta tras sus caracteres.



Archivo [ciudad ciencias] Portada de El País Semanal en la que se recoge la Ciudad de las Ciencias de Valencia. El recorte de los espacios aleatorios anuncia el carácter "enigmático" del proyecto.



Edificios en altura construidos a la sombra de la Ciudad de las Ciencias, Valencia



Edificios en altura construidos a la sombra de la Ciudad de las Ciencias, Valencia



Edificios en altura construidos a la sombra del Fórum 2004, Barcelona.



Edificios en altura construidos a la sombra del Fórum 2004, Barcelona.